

Después de su hermoso parque, lo que llama en Saint Cloud á la concurrencia son las *Grandes Aguas*. Es delicioso este risueño juego compuesto de tazones y estanques, todo de mármol, en los que el agua cae arrojada en ruidosos chorros por multitud de grifos, esfinges, sapos, perros y leones, ó corre despeñada por escalinatas, de cuyos descansos con bordes en forma de peines se precipita semejando un espejo estriado.

Mezcladas con estos artísticos torrentes hay macetas con flores delicadas y en los bordes, como presidiendo, las estatuas de varios dioses de la Mitología.

Un poco hacia la izquierda hay una fuente de agua corriente que, saltando á flor de tierra, se eleva vertical y como á empujes sucesivos á una altura de cuarenta metros, desde donde el líquido completamente pulverizado forma al caer una especie de penacho que cambia de dirección á merced del viento, un velo blanquísimo, cuyas fantásticas ondulaciones embriagan la vista.

Es bello el contraste de esta agua que sube violentísima, como por escalones y desciende suavemente convertida en levísimo vapor.

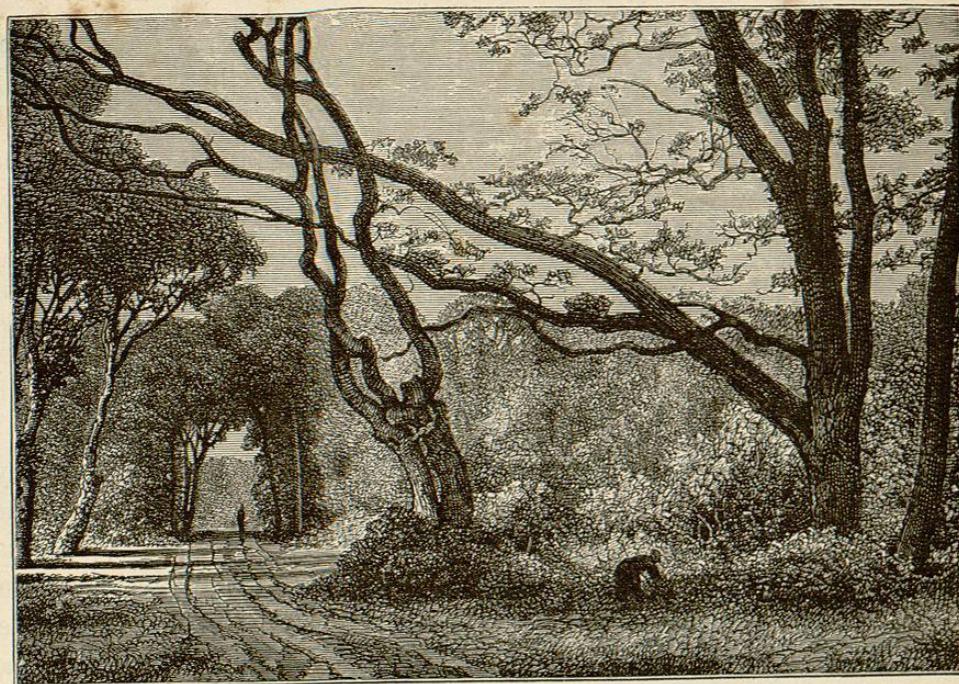
A todo este conjunto de fuentes y cascadas forma una barrera y dosel un verde y sombrío bosque que recuerda á la virgen América.

Este juego de aguas sólo funciona de tarde en tarde, y entonces se anuncia en los periódicos al público que concurre en masa á contemplarle.

Yo, gracias á mi amigo Ceballos, pude verle, después de haber recorrido gran parte del majestuoso parque en el que encontramos varias familias que pasaban allí el día, gozando de la fresca y perfumada brisa de esa agreste soledad.

A nuestro regreso y cerca del palacio del Louvre, me señaló una persona que conversaba con otras, diciéndome que era el Sr. de Lesseps, cuyo nombre se ha vuelto inmortal con la humanitaria y gran obra del canal del istmo de Suez.

Por la noche estuve en el teatro del Gimnasio, situado en el boulevard Bonne-Nouvelle, y en el que se representan generalmente piezas de Dumás hijo y de Victoriano Sardou, rebozando de ingenio y que por la gracia y fineza con que son interpretadas atraen al pueblo parisiense, capaz de aplaudir hasta un pensamiento un tanto obsceno con tal que sea expresado con ingenio y originalidad.



UN CAMINO EN EL BOSQUE DE FONTAINEBLEAU.

CAPÍTULO XIII.

PARÍS

Fontainebleau. — Cafés-conciertos del Alcázar y de Embajadores. — Escuela de Medicina, Vida de los Estudiantes. — Biblioteca Nacional. — Teatro del Palacio Real, la Cagnotte.

26 de Junio.

He pasado todo el día en Fontainebleau, población situada á 59 kilómetros al sur de París, por el camino de Lyon. Vi su palacio en el que se admiran inmensas habitaciones y multitud de joyas y primores, recuerdos de los monarcas que han morado allí.

Las habitaciones y muebles de Francisco I, de Enrique II y Enrique IV, de Luis XIII, Luis XIV, María Antonieta y Napoleón, aun impregnados de su aliento, nos traen á la memoria la magnificencia de sus poseedores.

La galería de Enrique II y la biblioteca son maravillosas.

El teatro es un *relicario*. Los guardianes muestran con cierto respeto el sencillo departamento en que por dos años (1812 y 1813) estuvo detenido Pio VII.

Desde que se penetra en el palacio, me decía un francés, casual compañero de excursión, vienen á la memoria los grandes sucesos históricos de que ha sido teatro.

Aquí fué donde nacieron Felipe el Hermoso y Luis XIII. Aquí fué asesinado Monaldesqui, por orden de Cristina de Suecia, de quien fué gran escudero y favorito, y que habiéndola seguido á este lugar después de su abdicación, se cree que le fué infiel ó que la difamó en un libelo.

Luis XIV firmó aquí la revocación del edicto de Nantes y aceptó la corona de España para el menor de sus hijos. Pio VII estuvo preso dos años en este palacio. Fué también aquí donde el Gran Napoleón abdicó su corona y dió en 1814 su solemne adiós á la Guardia.

Tomé después un carruaje en compañía de mi amable interlocutor, que ya en otra vez había recorrido estos lugares, y paseamos por el parque de Fontainebleau, pobladísimo de árboles corpulentos en el que en otro tiempo se efectuaban las famosas cacerías de los reyes, y en el que aun es abundante la caza. Fuimos á la Floresta, terreno quebrado, de un aspecto verdaderamente agreste y en el que los espesos ramajes y tupidos encinales me recordaron algunos bosques de Tamaulipas.

Mi acompañante me enseñó las encinas de Enrique IV, lugar de sus citas amorosas, la Garganta de los Lobos, la Roca que llora, el Calvario y otros puntos famosos de esta histórica floresta, y me refirió con mucho sal las aventuras amorosas y divertidas que en ella se han sucedido.

Regresé á París por la noche y asistí á los cafés conciertos de Embajadores y del Alcázar, verdaderos teatros de verano, que situados en el paseo de los Campos Elíseos, entre un bosquecillo de verdura y de flores, permiten estar sentado al aire libre, saboreando una copa y viendo algunos ejercicios gimnásticos ó la representación de piezas ligeras en que las formas y gracias de las artistas, la profusa y artística iluminación y los sonidos de una magnífica orquesta son el principal atractivo de los espectadores.

27 de Junio.

He visitado la Escuela de Medicina, gran edificio situado en la plaza del mismo nombre, á la margen izquierda del Sena, junto al Boulevard San Miguel.

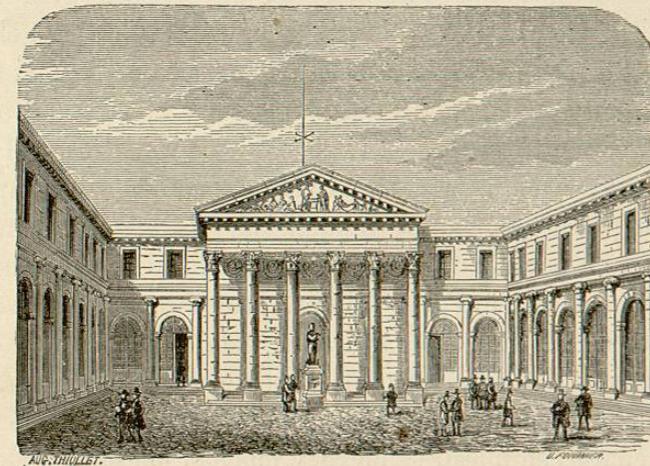
Sobre las mesas del anfiteatro, había varios cadáveres, entre ellos, el de una joven rubia, como de diez y seis años, enteramente desnuda; un modelo de hermosura y perfección de formas. Recorrí los diversos departamentos en que los profesores daban sus lecciones orales á los estudiantes.

Generalmente el maestro se coloca sobre una especie de plataforma rodeada de una barandilla, y los asistentes ó jóvenes estudiantes ocupan los asientos, dispuestos como las lunetas de un teatro.

El profesor diserta sobre algún punto de la materia que se cursa, y los estudiantes le escuchan con religioso silencio, tomando algunos de ellos nota de lo que está diciendo, pero sin permitirse preguntar ó cuestionarle sobre ningún asunto.

Los que asisten á estas lecciones orales no son sólo los estudiantes, sino también médicos recibidos, franceses ó extranjeros, atraídos por la fama de estos profesores.

Los jóvenes que estudian las diversas clases de medicina, se inscriben al principio los cursos y asisten con más ó menos asiduidad á estas lecciones orales, sin que nadie tenga que ver con ellos ni sepa si estudian ó no, pues sólo al concluir el año escolar y sufrir sus exámenes se sabe los que han aprovechado y los que han perdido el tiempo.



PARÍS. PATIO DE LA ESCUELA DE MEDICINA.

Recordando que de los muchos jóvenes que de mi patria han venido á estudiar medicina á París, son poquísimos los médicos instruidos que han resultado, y muchos los que han vuelto perfectamente vestidos á la moda, empomados, llenos de afectación y orgullosa pedantería, pero ignorando los principios más comunes de la ciencia, se lo hacía ver así á mi amigo el Sr. Ceballos, que en este día me servía de cicerone, y me manifestó que era muy lógico que así sucediera.

« Esos jóvenes, me decía, vienen á París de edad de diez y seis á veinte años, en el ardor de la juventud, con recursos suficientes (pues sólo las familias acomodadas se permiten el lujo de mandar aquí á sus hijos), sin padres ó parientes que los vigilen, y sólo tutores á quienes ven de vez en cuando, con el fin de pedirles dinero para sus gastos: vense rodeados de los atractivos y tentaciones de esta capital, y es muy difícil que en medio de los atronadores anuncios de tanta diversión, de carreras de caballos, de teatros y paseos, se

encierran en el rincón de su casa á estudiar con calma las asignaturas serias y prosáicas de la profesión de medicina.»

« Generalmente ignoran el idioma, y tanto para aprenderle, como para saber el modo de rizarse, ponerse la corbata, vestirse á la moda y otras pequeñeces por el estilo, toman por compañera á alguna rubia griseta de las que habitan el barrio latino, y viven con ella como marido y mujer, con la diferencia de que no la mantienen. Ella se busca la subsistencia trabajando como costurera en casa de alguna modista, y él sólo le hace de vez en cuando sus regalitos. Ya el sombrero, ya los botines, ya el abanico ó cosas por el estilo, y la acompaña á tal ó cual diversión ó excursión los días de fiesta, al bosque de Vincennes, á Saint-Cloud, á Versailles ó á Fontainebleau. »

« En esta vida común, él aprende el idioma y los modales de la gente parisiense, y ella guarda en su memoria algunas frases latinas y cierta tecnología que luce después en su vida del gran mundo : ambos hacen su aprendizaje, ella de *loreta* y él de médico. Después de cuatro ó seis años de esta clase de vida, el estudiante se larga á su patria con un diploma de médico, si antes no ha muerto tísico á causa de la vida que ha llevado, y ella pasa al otro lado del Sena á brillar como gran *cocotte* en los boulevards y teatros de París. »

« ¿ Y dígame V. si un joven con esta vida y tomando por compañera nada menos que á una parisiense, tendrá tranquilidad y tiempo para estudiar? »

Efectivamente, en pocas partes hay tantas facilidades para un serio estudio de la medicina como en París. Libros, profesores, anfiteatros, museos, grandes hospitales, instrumentos, aparatos, establecimientos de farmacia y laboratorios químicos, jardines botánicos y zoológicos que convidan, por decirlo así, al estudio ; pero en cambio ; cuántos seductores placeres é irresistibles atractivos que enardecen nuestra sangre y quemán nuestro cerebro !

París, para la juventud, es un lugar de orgía y de deleite, no de reflexión y de estudio.

Puede dedicarse aquí á estudios más ó menos serios el que nació parisiense y está desde sus primeros años familiarizado con este ruido y esta bacanal, ó bien el profesor que habiendo terminado su carrera en otra parte, viene sólo á rectificar sus ideas y ensanchar sus conocimientos prácticos.

Su prudencia le permitirá, aunque con trabajo, economizar determinadas horas, en esta Babilonia, para consagrarlas á la meditación y la ciencia

Pero exigir ésto de un joven que viene del éxtranjero, ávido de conocer y gozar los encantos y maravillas de París, es una locura.

Yo recuerdo que cuando estudiaba segundo ó tercer año de medicina, en Monterey, tres jóvenes contemporáneos se decidieron á venir á continuar sus estudios en esta capital. Alborotado yo también, me empeñé con mis padres para que me mandasen aquí á concluir mi carrera.

Los recursos de que éstos disponían eran suficientes para permitirme estudiar

cómodamente en aquella población, pero no para que lo hiciera en París ; así es que consultaron y pidieron su apoyo á un sacerdote rico, hermano de mi padre, el Doctor Ramón Martínez, que aunque establecido en el Saltillo, estaba á la sazón en Monterey. Este mi tío, medio entusiasmado, porque me había visto recibir premios en los años escolares que había cursado, fijó á mis padres un plazo de tres días, con el fin de resolver si me daba lo necesario para mi viaje y permanencia en París.



PARÍS. EL CIRCO DE VERANO.

Después de tomar los informes necesarios sobre gastos de pasaje, asistencia, colegiatura, libros etc. etc. que debía erogar, iba ya á resolver favorablemente, cuando por casualidad tropezó con el padre Antonino Vega, que había viajado por Europa y conocía perfectamente la vida de los estudiantes en París ; éste le desanimó de tal manera, que no sólo se negó á ayudar para mi viaje, sino que se empeñó con mis padres para que desistiesen de aquella idea.

Este fué un golpe terrible para mí, pues á fuerza de pensar en ese viaje, estaba ya convencido de que iba á hacerle.

Lleno de resentimiento, manifesté á mis padres, que de no enviarme á París á concluir mis estudios de medicina me haría militar, carrera por la que tenía grandes simpatías y de la que con dificultad mi familia había logrado hasta entonces separarme.

Al día siguiente, mi pobre padre entró en mi cuarto y con un acento de resignación indescriptible me dijo : « Ignacio, tú sabes que todo mi capital consiste en esta casa ; la venderé, si te parece, y te dará la mitad de lo que me den por ella, para que vayas á concluir tus estudios á París ; la otra mitad me servirá para mantener la familia. »

Aquella abnegación sublime de mi padre, que nunca olvidaré, me desarmó completamente y no volví á pensar más en venir á estudiar á esta capital.

Ahora que he visto á París y conozco mi carácter, comprendo que si hubiese realizado aquel viaje, todo hubiera hecho en esta ciudad, menos estudiar.

Concluída nuestra visita al Colegio de medicina, fuimos á la Biblioteca de Santa Genoveva, inmediata al Panteón, en donde hay un conjunto de 250,000 volúmenes distribuídos en amplios salones, que presentan todas las comodidades á los que quieran leer, ó tomar datos para escribir sobre cualquier materia.

Pasamos luego el Sena y entramos en un gran edificio, situado en la calle Richelieu, que es la Biblioteca Nacional. Después de recorrer los diversos salones ocupados por innumerables estantes, sillas y mesas con útiles y recado de escribir para los lectores, nos sentamos á una de ellas y el Señor Ceballos, para mostrarme lo bien distribuídos que están los libros y la buena organización en el servicio de los encargados de la Biblioteca, escribió en una tira de papel el nombre de un libro bien raro, que se le ocurrió, y la entregó á uno de los servidores del establecimiento.

No se habían pasado cinco minutos cuando ya el libro estaba en nuestras manos.

Entre los diversos pisos del edificio hay comunicaciones por medio de pequeños elevadores, por los cuales descienden ó suben los libros ú obras que se necesitan, sin que sea necesario subir ó bajar escaleras con ellos.

Vimos también el Museo de medallas que hay en el mismo edificio.

Lo que más me llamó la atención en esta Biblioteca, fué un globo terrestre de extraordinario tamaño, pues mide 22 pies de diámetro. Creo que es el más grande que se conoce, pues el de la Universidad de Cambridge, en Inglaterra, sólo tiene 21 pies, aunque en este último hay el mérito de ser de cobre, mientras que el primero es de madera.

Por la noche asistí al teatro del Palacio Real, local consagrado á representar piezas en que intervienen gentes provinciales y de maneras sencillas, originales ó ridículas que hacen reír á la persona de carácter más tétrico.

Los que concurren á este teatro, todos ríen á la vez; unos de la originalidad de los pensamientos del personaje que está hablando, otros de lo curioso ó chabacano del vestido de alguna de las damas, y los demás de las inciviles y grotescas maneras de los actores que forman el cuadro.

En la pieza que se representó (*La Cagnotte*), había una escena en la que á un pobre provinciano, nada familiarizado con las lámparas de petróleo, se le ofreció encender un cigarro, y, con la mayor sencillez del mundo, tomó la bombilla de la lámpara con toda la mano: sin duda que le quemaba, pero para no ser objeto de risa de los que le observaban soportó la quemadura hasta acabar de encender su cigarro, colocando de nuevo la bombilla.

Aquel acto de disimulo de un palurdo, para evitar el ser burlado de la gente civilizada, fué tan naturalmente representado que el público se desternillaba de risa.

El teatro del Palacio Real es propio para los que, agobiados por el trabajo y ocupaciones serias, quieren reír un rato con las ocurrencias y maneras de los simples.



DEPARTAMENTO DE LAS FILAS EN EL JARDÍN DE PANTAS.